

Por último se adelantó hacia una almena donde el padre Benito había establecido su observatorio. Un anteojo de larga vista sostenido en unos palos formando tres pies, y otros dos ó tres instrumentos bastante groseros destinados á tomar la altura de los astros, formaban todo el aparato del astrólogo. Este se había ya puesto á su tarea, y dirigía el anteojo hacia la porción de la bóveda celeste que parecía explorar.

—¡Y bien, padre Benito! preguntó el conde con impaciencia, ¿qué decís del aspecto del cielo esta noche?

—La verdad, señor, que es para perderse uno, respondió el monje después de un momento de observación; me es desconocido el astro dominante, y no me acuerdo de haberle visto sobre el planisferio celeste. Sin duda pertenece á esa clase de astros que llamamos *informes*, porque no forman parte de ninguna constelación; pero por el modo con que está colocado, su preponderancia sobre vuestra estrella es decisiva en este momento en que os estoy hablando.

—¿Y no podeis asegurarnos, reverendo padre, si esa influencia me es favorable ó desfavorable?

—Es favorable; sin embargo...

—¡Vive Dios! interrumpió el conde con asombro inclinándose sobre la abertura de una almena, ¿qué sucede en la capilla?

El padre Benito miró con distracción hacia aquel lado, y se quedó estupefacto. Una gran luz se veía en lo interior de la capilla, y las ventanas con vidrieras de colores resplandecían con mil fuegos; al mismo tiempo un melodioso canto, el sonido del órgano y suaves acentos subieron vagamente hasta donde estaban los dos observadores en medio de la profunda calma de la noche.

—Padre Benito, preguntó el conde ¿á quién habeis encargado que cante á estas horas?

—En verdad, señor, respondió tartamudeando el capellán, que lo ignoro. Esta tarde, después de las oraciones, yo mismo he cerrado la capilla y aun tengo la llave en el bolsillo.

—Pues allí abajo hay gente... escuchad.

Aplicaron de nuevo atentamente el oído. Los sonidos se debilitaban de tal modo, que casi se confundían con la brisa que se agitaba entre las zarzas, higueras y parietarias que crecían entre las piedras del viejo torreón; empero la gran claridad no disminuía. Parecía un incendio interior: las figuras de los santos representados sobre los vidrios de las ventanas parecían agitarse y moverse debajo de sus doradas aureolas y sus vestidos de púrpura y azul.

—Esto es asombroso, dijo el conde ¿querrá Dios castigarme por mi blasfemia de esta noche?

—Mas bien á mí, respondió el padre Benito con voz trémula, porque he escitado la cólera del poder divino entregándome á las prácticas de la astrología judiciaria. Estas prácticas, preciso es confesarlo, han sido condenadas por muchos concilios, aunque nuestro santo padre el papa no las haya prohibido; y cegado por el orgullo y la presunción he querido penetrar los impenetrables designios de la Providencia. Dios mío, perdonadme: *confiteor.... mea culpa, mea máxima culpa...* Me someteré á todas las penitencias que mi superior eclesiástico quiera imponerme.

El anciano monje se daba golpes de pecho vertiendo abundantes lágrimas. El conde se acercó á él.

—Padre Benito, le dijo con voz firme; sea esto un mila-

gro ó magia, sea obra de Dios, de los hombres ó del demonio, yo quiero saber lo que pasa en la capilla... Venid conmigo.

—Señor, os ruego que reflexioneis bien lo que vais á hacer. Ni vos ni yo estamos tal vez en estado de gracia; ¿no será eso tentar á Dios? Si al menos tuviese aquí mi estola...

—Vamos, dijo el conde de Palazuelos con imperioso tono; levantáos y vamos... lo quiero, lo mando.

Agarró al capellán por el brazo y le arrastró precipitadamente hacia la escalera donde había dejado el candelero, y después se pusieron á bajar con paso rápido los escalones, y no tardaron en llegar á un gran patio, en cuyo extremo se encontraba la capilla. Durante el tránsito no encontraron á nadie en aquella parte central del castillo que no era objeto de vigilancia alguna. Temblábanle las piernas al padre Benito y apenas podían sostenerle; el conde, al contrario, apresuraba la marcha con una viveza febril. En el momento de llegar á la puerta de la capilla, sacó la daga que llevaba en la cintura, y dijo lacónicamente al padre:

—Abrid.

El padre Benito tomó la llave, pero en vano intentó meterla en la cerradura; fué preciso que su señor se encargase de ello. Al fin rodó la puerta girando sobre sus goznes, y dejó ver el interior de la capilla.

Todas las luces estaban encendidas, de lo que provenía la brillante claridad que se derramaba por fuera; empero la capilla se hallaba vacía; reinaba en ella un triste y sepulcral silencio á pesar de que se respiraba un olor á incienso recientemente quemado. El padre Benito cayó de rodillas sin pasar el dintel de la capilla; el conde, con la gorra en una mano por respeto á aquel lugar consagrado y la daga en la otra, penetró solo en ella y se adelantó hacia el coro donde acababa de ver á un hombre arrodillado, con la frente apoyada sobre el suelo.

IX.

El conde, como es fácil conocer, se hallaba muy turbado; pero vivía en una época en que el valor era tenido por la primera de las virtudes, y desde su más tierna infancia había aprendido á reprimir y contener todos los sentimientos indignos de un noble caballero. Así, aunque con pecho oprimido, se adelantó sin vacilación hacia el santuario, cuyas velas, como hemos dicho, estaban todas encendidas.

Al ruido de sus pasos, el hombre arrodillado delante del altar, se levantó lentamente y se colocó al pie de los escalones como para guardarlos.

El desconocido parecía casi de la misma edad del conde, aunque no tuviese su varonil vigor ni imponente altivez, al contrario, su cuerpo era flaco y huesoso, su rostro pálido y austero. En cambio, su mirada brillaba con un resplandor extraordinario; el fluido poderoso que lanzaban sus ardientes pupilas abrasaba como el fuego; parecía que era un espíritu divino á través de una cubierta mortal. Su traje consistía en una túnica negra y en una esclavina de paño burdo cubierta de conchas; un largo rosario pendía de su cintura. En contraste con este vestido, que denotaba había verificado alguna piadosa romería, su mano izquierda se hallaba cubierta con uno de esos guantes de piel gris con mangas que llevaban en otro tiempo los halconeros de profesión, y una banda de terciopelo se hallaba suspendida

sobre sus hombros con un escudo bordado con las armas de Palazuelos.

Apenas el conde hubo mirado á aquel misterioso personaje, cuando todos los demas sentimientos cedieron á una gran sorpresa.

—¡García! ¡Mi fiel García! exclamó, ¿al fin has vuelto?

Aquel á quien llamaba García no respondió; pero le enseñó el altar con una mano, mientras que con la otra le hacía señas de que se arrodillase. El conde obedeció maquinalmente. Despues de haber tartamudeado una corta oracion, se levantó y quiso hablar; pero el hombre de la capilla pareció decir que aquel lugar no era propio para una conversacion profana, y se encaminó con paso grave y lento á la puerta. Siguióle el conde, subyugado por una autoridad de que él mismo no podia darse cuenta. Cuando se hallaron en el patio, el desconocido le dijo con voz vibrante:

—Os saludo, señor conde de Palazuelos, mi amo y señor.

—¡García! ¡El halconero García! exclamó el padre Benito á su vista, examinando al recién llegado á la claridad de la luna. ¡Gran Dios! ¡los muertos salen de su sepulcro!

—Que mi pobre García está vivo todavía, dijo el conde con tono cordial, no puede ser objeto de duda, pues que está aquí delante... ¿Pero cómo se halla en el castillo? ¿Cómo há podido penetrar cuando estamos tan cuidadosamente bloqueados? ¿Cómo no nos ha prevenido su vuelta? Esto es lo que ofusca y trastorna mi razon.

No respondia el halconero, y una sonrisa de melancólico desden se dibujaba en sus labios.

—Hablad, García, dijo el capellan, que no podia todavía arrojar de su pensamiento la idea de una intervencion sobrenatural, ¿sois realmente vos el que venís aquí despues de una ausencia de diez años? Sin embargo, Perez, el escudero del señor, que habia hecho en compañía vuestra la peregrinacion á Santiago de Galicia, nos ha asegurado mil veces que os habfais ahogado en su presencia al pasar el rio Miño, y yo he dicho ya muchas misas por el descanso de vuestra alma.

—En efecto, continuó el conde, Perez afirmaba haberte visto morir, mi pobre halconero, y cada vez que hablaba de tí se llenaban sus ojos de lágrimas... ¿Por milagro has escapado de la muerte?

—Aquel que tiene en su mano la muerte de los hombres, replicó García con voz penetrante, puede fácilmente salvarlos ó perderlos. Puede preservar á los que quiere del agua, del fuego, de las armas asesinas... Un soplo de su boca basta para apagar ó encender la antorcha de una vida humana.

El capellan no hablaba una palabra, pero conservaba dudas, y el ojo escudriñador del halconero supo descubrir el fondo de sus pensamientos.

—Padre Benito, añadió García, ¿quereis saber las últimas palabras que pronuncié al separarme de vos hace diez años? Acabábais de anunciarme que consultarais los astros para saber noticias mías, y os respondí: padre mio, dejad en paz los astros y orad por mí.

—Es verdad, es verdad, exclamó el monge, y por tanto...

—¡Vive Dios! interrumpió el conde, que no hay necesidad de tantas señales; para reconocer á mi halconero García no se necesita mas que mirarle á la cara. Su persona no ha sufrido la menor mudanza, sus facciones no han envejecido en estos diez años, que sin embargo pueden ha-

berle sido trabajosos... Tal vez habrás estado prisionero de los moros y acabarás de recobrar la libertad ¿no es esto? ¿Pero como diablos has podido penetrar en el castillo? Una rata no podria entrar en Atienza sin permiso de esos malditos castellanos... Y despues ¿cómo te encuentro en la capilla? ¿Qué hacías aquí? ¿De dónde venían esos cánticos que hemos oido hace poco el padre Benito y yo, y que tanto nos han asombrado?

García permanecía impassible.

—Señor conde, dijo al fin, no para hablar de mí he venido aquí, sino para cumplir la obra de vuestra salvacion. Mi mision puede ser larga y difícil; apresurémonos á prepararla.

—¡Tu mision! ¡Mi salvacion! repitió el conde en el colmo del asombro. No puedes ignorar, buen halconero, en el peligro en que me hallo en este momento, ¿y hablas de salvarme tú?

—Trataré al menos de hacerlo, y el Todopoderoso tal vez me concederá la gracia de que lo consiga.

—Teneis una singular pretension... ¡Pero ya caigo porque hablas así! Debes estar encargado de algun importante mensaje para mí... Si, eso es... ¿Tú vienes de Aragon sin duda, y me traes la noticia de que el infante don Enrique acude en mi socorro? ¿Tienes alguna carta que dar-me? Padre Benito, añadió volviéndose hácia el monge, ved aquí sin duda la buena noticia que nos anunciaban las estrellas.

García respondió lentamente despues de una nueva pausa.

—No vengo de Aragon ni traigo carta del infante don Enrique; no debeis aguardar socorro alguno por este lado. El ejército aragonés há sido dispersado hace cinco dias al primer encuentro delante de Cuenca, á donde con mil ginetes y cinco mil peones se dirigía el infante. Los capitanes del rey de Castilla solo con ochenta ginetes y trescientos hombres de armas se dirigieron á marchas forzadas sobre la ciudad, y fué tal el terror que se apoderó de las huestes aragonesas, creyendo que iba el condestable don Alvaro de Luna, que sin esperarlos han huido aterrados replegándose sobre Aragón, y en mucho tiempo no estarán en estado de pensar en pisar el suelo de Castilla.

Al oír esta noticia, el conde de Palazuelos estuvo á punto de caer en el suelo.

—¿Estás seguro de ese desastre? tartamudeó. ¿Cómo lo sabes?

—¿Qué importa el cómo si el hecho es cierto? No perdamos tiempo; há llegado el dia y la hora de obrar, si queremos que no perezca el nombre de Palazuelos.

—Y cuando todo me falta á la vez, dijo el conde con desesperacion, cuando me veo amenazado de una ruina completa, ¿habias tú de salvarme? Halconero, ¿crees que me falta ya autoridad para castigar tus burlas?... Vive Dios, que á pesar de tu trage de peregrino y tu rosario bendito...

No acabó de hablar el conde, deslumbrado por la llama que salía de los ojos del halconero; permaneció suspenso y confuso, mientras García respondia en tono reposado y grave:

—Vamos á vuestra estancia; allí hareis llamar á las personas de vuestra familia... Entonces diré lo que Dios me inspira.

Y echó á andar hácia la puerta de la Gran Torre.

Ni el conde, ni el padre Benito podían darse cuenta

mas tarde de la facilidad que habian mostrado en someterse á las órdenes de aquel extraño personage. Siguiéronle sin vacilar, maquinalmente, cual si obedeciesen á una irresistible influencia.

Hallaron sobre los primeros escalones de la escalera el candelero que el conde habia allí dejado; empero, el halconero parecia no necesitar de luz; conocia todos los recodos de los pasadizos del castillo y marchaba con paso firme y apresurado.

Caminaron hasta la estancia del conde en el mayor silencio; al atravesar el vestibulo, mandó el conde con imperio á sus pages que se hallaban medio dormidos sobre los bancos de madera, fuesen á llamar á su hijo y á su muger doña Sol.

Acercóse el conde á la mesa, cogió un vaso de hipocrás, que bebió invitando á García y al capellan á que le imitasen. El halconero parecia no haberlo oido; permaneció inmóvil con la cabeza baja y cruzados los brazos sobre el pecho. El padre Benito se habia dejado caer sobre un sillón; sus dientes castañeteaban y su asombrado rostro revelaba el desórden de sus pensamientos. El conde se paseaba á grandes pasos por el salon. No tardaron mucho en llegar Rodrigo y doña Sol precedidos de gentes que llevaban antorchas delante de ellos, segun la costumbre. Rodrigo se hallaba vestido todavia con una parte de su armadura; doña Sol habia reparado el desórden de su tocado, y llevaba el rico traje de las señoras de su condicion.

Los dos esposos tenian los ojos encarnados cual si recientemente hubiesen vertido lágrimas, circunstancia que las desgracias presentes justificaban demasiado.

—Mi querido padre, dijo Rodrigo, con agitacion, me han anunciado que acaba de llegar un mensajero... ¿Pero cómo ha podido atravesar la línea enemiga? Eso seria un verdadero milagro.

—Razon tienes, hijo mio; pero acercaos, se trata de cosas serias... Aproximaos, tambien, señora, y preparaos á oír tristes noticias.

Palideció doña Sol, empero no se atrevió á hacer pregunta alguna. Rodrigo buscaba ávidamente al mensajero con la vista.

—¡García! exclamó en el colmo del asombro al reconocerle. ¿Es posible? Hemos creído por tanto tiempo... Empero sea bienvenido el halconero; no olvido que tú me has dado las primeras lecciones en el arte de la equitacion y en el de criar los pájaros... Felices tiempos, García, cuando juntos bajábamos á los vecinos prados y perseguíamos la caza.

—Han cambiado los tiempos, señor Rodrigo, dijo el halconero con sombrío tono.

El pobre caballero permaneció helado con aquella respuesta; doña Sol se aproximó á él toda trémula.

—Rodrigo, murmuró con voz sofocada, ¿conoces á ese hombre?... Me espanta.

Sin embargo, García, con un aire de autoridad que contrastaba con su humilde condicion, hizo señal á Rodrigo y su muger de que se sentaran. Despues se volvió á los pages que los seguian y se hallaban agrupados á la puerta.

—Que todo el mundo se retire de aquí, mandó; y que nadie tenga la osadía de tratar de oír lo que va aquí á hablarse.

Apenas habia hablado así, cuando las gentes del servi-

cio huyeron cual una bandada de asustados pajarillos. El padre Benito se levantó para salir tambien.

—Quedaos vos, reverendo padre, dijo el halconero; porque aunque puedo reprenderos vuestra aficion á una ciencia profana, sois un hombre justo y temeroso de Dios y un amigo leal de la familia de Palazuelos. Vuestro sitio está, pues, aquí entre los que deben desear mas que nadie que permanezca intacto y puro su honor.

El capellan vino á sentarse modestamente un poco tranquilo por estas benévolas palabras. Despues de un momento de silencio, el halconero añadió:

—Señor conde, tened la bondad de decir á vuestro hijo y su muger las noticias que acabo de daros.

Obedeció el conde y contó como habian sido dispersadas por un pánico terror las huestes que de Aragon traia á Castilla el infante don Enrique y como las tropas castellanas, en las inmediaciones de Cuenca, las habian hecho huir. Doña Sol dió terribles gritos de dolor.

(La continuacion en el número inmediato.)

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO.

(1618.—1682).

Paseábase silencioso y pensativo por las orillas del Guadalquivir un jóven en cuyos fatigados ojos se veian las huellas de un grande estudio y trabajo, aguardando en las inmediaciones de la torre del Oro, que se ostenta á las márgenes de aquel caudaloso rio, á que llegasen los barcos que desembarcaban al pié de ella á los viajeros que venian de Cádiz para concurrir á la ya entonces famosa feria de Sevilla.

Era esto en el mes de abril del año de 1643.

Sevilla era entonces una de las maravillas de la España, y ya se habia conquistado el famoso proverbio: *el que no ha visto á Sevilla no ha visto una maravilla.*

Llegaron los bageles que traian á los pasajeros ansiosos de ir á disfrutar las fiestas de aquella hermosa ciudad, y contemplar la feria que se ostentaba en el gran campo de *Tablada*.

Entre aquellas gentes venia otro jóven que apenas puso el pié en tierra y vió al pensativo del Guadalquivir se arrojó en sus brazos. El recién llegado era Pedro de Moya, que volvia de Lóndres donde habia pasado algunos años estudiando con el célebre Van-Dick, y aquel en cuyos brazos se arrojaba era Bartolomé Esteban Murillo, su condiscípulo de pintura en el estudio de Juan del Castillo.

Aquellos dos jóvenes cogidos del brazo entraron en la ciudad, cenaron juntos en la modesta habitacion de Murillo aquella noche, y la pasaron toda ella recordando su antigua amistad, refiriendo Pedro de Moya las particularidades de su viage á la capital de la Inglaterra, y las circunstancias por las que habia llegado á ser uno de los discípulos predilectos de Van-Dick, de quien habia estudiado los admirables secretos de la pintura.

Moya y Murillo habian sido condiscípulos en sus pri-

meros años, y en Sevilla habian comenzado el dibujo y tomado las primeras nociones de la pintura con Juan del Castillo, tío de Murillo. De este habia tomado sus primeras nociones aquel jóven destinado á ser un día el creador de la grande escuela sevillana.

Empero su tío no habia podido enseñarle mas que el colorido seco y duro que usaba, y Murillo hubiera sido indudablemente una medianía si la desgracia no hubiera venido á enseñarle en su ruda escuela.

Juan del Castillo tuvo necesidad de ir á establecerse á Cádiz: entonces se quedó el jóven enteramente solo en Sevilla, simple estudiante, incierto de la vida que debía seguir, y entregado á las vacilaciones de su primera juventud.

Ejercitábase allí en pintar á la ligera, y en vender para la feria de Sevilla una *partida de pinturas*; que este era el nombre mercantil que se daba al ramo de comercio que en pinturas hacia la España con la América. Pintaba además estandartes para las diversas cofradías de la ciudad, y estos fueron los modestos principios de Murillo, que tan alto debía levantarse en el arte.

La llegada de su compañero y condiscípulo Moya fué una revelacion para él. Le vió pintar, contempló sus cuadros, conoció que un nuevo horizonte se abría ante sus ojos: vió que aquel compañero, que tan inferior era á él en el estudio ó taller de su tío Castillo, no solamente le habia aventajado, sino que escedia con mucho á su maestro.

Entonces quiso viajar: quiso ir á Italia, á Venecia, á los Países Bajos, á donde quiera que su genio hubiera podido desarrollarse; sobre todo, hubiera querido embarcarse para Inglaterra, si por Moya no hubiera sabido la muerte de Van-Dick. Además, ¿cómo emprender tan largos y costosos viages un jóven sin fortuna y casi en la indigencia?

Murillo encontró recursos en sí propio: compró un gran lienzo, lo dividió en gran número de pedazos que cortó con su propia mano, y se puso á pintar con ligereza cuanto le dictaba su ardiente fantasía. De su pincel salieron vírgenes, flores, paisajes, frutas, pobres cubiertos de harapos y de miseria.

Vendió todos aquellos cuadros por una cantidad alzada á un armador que se hacia á la vela para América, y con aquella cantidad salió para dirigirse á Italia sin prevenir ni aun á su familia, y hasta sin despedirse de nadie.

Así abandonó Estéban Murillo á Sevilla, donde habia nacido el año de 1618, oscuro pintor de un colorido duro y seco, que habia aprendido como hemos visto en el taller de su tío, discípulo de la escuela florentina, para no volver sino al cabo de tres años á ella como el primer pintor de España y aun del mundo.

Llegó á Madrid en 1643, cuando apenas tenia veinte y cinco años de edad.

Fiado en su solo genio llamó á la puerta del gran pintor de la corte, Velazquez; y aquel genio, que era amigo del rey de España, recibió la visita de Murillo, y lo acogió con la generosidad mas afable del compatriota.

A la voz de aquel artista, que era tambien un hombre poderoso en la brillante corte de Felipe IV, se abrieron para Murillo las puertas del palacio de Madrid, las del monasterio del Escorial, todas las habitaciones reales y todos los museos.

Felipe IV, que protegía tan generosamente todas las bellas artes, que formaba su sociedad de los mas célebres poetas y pintores, que con razon podia llamarse el rey artista, reunia entonces en su corte al Ticiano, á Rubens y á Rivera. El pincel de estos célebres artistas, que embellecía las paredes de los palacios reales, cubria de cuadros las habitaciones del monarca español, y las galerías del magnífico monasterio del Escorial.

¿Qué necesidad tenia Murillo de ir hasta la Italia? ¿No tenia delante de sí todo lo que podia extasiar á un colorista futuro, y aun los cuadros de aquel Van-Dick que tanto habia admirado en las imitaciones de Moya?

Así es que renunció á la idea de salir de su patria, y sin recorrer mas que las habitaciones de los palacios del Buen-Retiro, del Escorial y de los demás sitios reales, á la vista de Velazquez y con sus consejos, verificó Murillo el viage que habia proyectado hacer en las comarcas del color.

Tres años cerca empleó en copiar por sí mismo estudiándolos, los cuadros de los grandes maestros, sobre todo los de los venecianos y de los flamencos; y á fin de no omitir nada, estudiaba tambien el dibujo de las estatuas y de los modelos al natural, mientras que Velazquez, que habia llegado á la perfeccion en su prestigiosa manera de pintar, le familiarizaba con el gusto de la verdad y las ilusiones de la perspectiva aérea.

Murillo volvió á Sevilla en 1645, y su vuelta no llamó en nada la atencion. Fué preciso que al año siguiente la exposicion de los cuadros que habia pintado para el claustro de San Francisco, revelase la existencia de un gran artista á sus descuidados é indiferentes compatriotas.

No era solo ya el estilo de Van-Dick tal cual Moya lo habia importado en Sevilla tres años antes, sino que era un conjunto imprevisto de todos los métodos á que Murillo se habia consagrado cuando en Madrid ó en el Escorial habia sucesivamente copiado á Rubens, al Ticiano, á Van-Dick, á Rivera y á Velazquez.

Las primeras obras en que se revela el gran genio de Murillo pintadas para el claustro de los franciscanos de Sevilla, no existen allí. Fueron arrancadas en la guerra de la invasion francesa, y llevadas en los furgones del general Sout, cuyo magnífico museo fueron á enriquecer; que despues de su muerte, vendidas en pública subasta á precios casi fabulosos han ido á adornar las galerías mas célebres del mundo.

El genio de Velazquez se hacia entonces sentir en todas sus producciones; y Murillo todavia no tenia su estilo propio.

A esta segunda faz del talento de Murillo pertenece un cuadro de una escena de ladrones donde se destaca sobre un fondo de pais vigoroso el rostro de un fraile detenido por un ladrón medio desnudo, cuyo torso está ejecutado al estilo del Españoletto; y una *huida á Egipto*, que representa al niño Jesus amorosamente envuelto en los brazos de su Madre llevado por una humilde borrica, que un día debia conducirlo en triunfo, en Jerusalem, mientras que tirando la borrica por el ramal, el Carpintero se apresura á atravesar las sombras de la noche.

El talento que habia desplegado Murillo, le habia hecho popular en España. Así es, que de todas partes llovieron encargos sobre él; y la fortuna comenzó á sonreirle.

Entonces fué cuando se casó con doña Beatriz de Cabre-

ra y Sotomayor, persona distinguida y de conveniencias de la villa de Pilas. Verificóse su matrimonio en el año de 1648.

Murillo verificó entonces la tercera y última de sus transformaciones. De las diversas apropiaciones sucesivas se desprende la personalidad del pintor. Van-Dick, Rivera, Ticiano, el mismo Velazquez, todos esos modelos tan sinceramente admirados en un principio, se fueron alejando poco á poco de la memoria de su admirador, desaparecieron sus huellas, y se alzó un nuevo artista, maestro de todos, que teniendo una fisonomía, un sello, y una forma particular habia de admirar la posteridad bajo el nombre de Bartolomé Estéban Murillo.

Desapareció el claro-oscuro violento que habia tomado de Rivera, y ganó en transparencia lo que perdía en fuerza. Sus toques fueron mas suaves, se fijó su estilo, y no quedó

del gran Velazquez sino el arte de degradar los matices, de pintar el aire segun la hermosa espresion de Moratin.

El San Leandro y el San Isidoro, mas grandes que el natural, espuestos en 1665, fueron el primer modelo, la primera prueba del nuevo modo de pintar de Murillo.

Con Murillo no solamente hay que pasar en revista la creación entera, recorrer el universo tal como Dios lo hizo, sino tal como la imaginación de los hombres lo ha poblado mas allá de los mundos visibles. La extrema realidad en lo que tiene de mas grosero, los seres imaginarios en su mas suave espresion, la espesa sombra de las tinieblas, las etéreas luces del cielo, la gracia esbelta y pura de los abrasados serafines, y la miseria del mendigo levantado contra los inmundos habitantes de sus harapos; todas las fases de la vida, todos los accidentes de la luz, ora emane milagrosamente de los celestes reinos, ora se derrame sobre la tier-



Bartolomé Estéban Murillo.

ra y haga brillar en ella flores y paisajes, todo esto para Murillo es del dominio de su arte.

De su pincel salió un mundo de creaciones: él era el pintor de la religion, así como Velazquez era el pintor de la naturaleza.

Pasaba Murillo largos ratos de oración en la iglesia, particularmente en la catedral, extasiado delante del *Descendimiento* de Pedro de Campana. Un día que el sacristan queria cerrar un poco mas pronto las puertas vino á preguntar á Murillo por qué permanecía tan largo tiempo inmóvil en aquella capilla. Estoy esperando que estos santos varones acaben de bajar al Señor de la cruz, respondió el grande artista.

De todas partes acudían pidiendo cuadros á Murillo, de vírgenes, de santos en oración, y de otros asuntos devotos.

No habia comunidad de capuchinos, de agustinos, de franciscanos que no quisiese tener su santo patrono pintado por la mano de Murillo: no habia altar mayor de catedral, ni capilla de alguna nombradía que no estuviese preparada para tener alguna de esas innumerables *Concepciones* tan prontamente compuestas por Murillo, y que tantas veces habia variado.

Diríase que un brillante milagro iluminaba continuamente su imaginación. La Virgen extasiada se le aparecía siempre vestida de blanco y azul; vestido invariable que sin duda en el pensamiento del pintor unia los dos colores, el de la pureza y el del cielo!

En las *Anunciaciones* de Murillo se ven siempre accesorios de la vida doméstica, el cesto de la costura, el dedal para coser y la ropa amontonada en la canastilla. No sin

intencion tal vez el pintor español, alejándose del estilo noble y sublime de Rafael y de los católicos italianos, nos muestra en una humilde costurera la santa doncella elegida para Madre de Dios.

Los cuadros mas célebres de Murillo son sus Concepciones y la mas célebre de éstas es la que pintó para la catedral de Sevilla, la que arrebató de allí el mariscal Soult, cuando en la célebre guerra de la Independencia se apoderó de aquella ciudad, y se la llevó para su galería.

Ese cuadro cuya belleza es histórica, ha costado él solo el precio de un palacio. En la venta á pública subasta de la coleccion de pinturas del mariscal Soult, verificada á su muerte en 1852, ha sido pagado este cuadro en la enorme suma de 615,300 francos (2.461,200 reales.)

¡Jamás han subido á tan alto precio las obras de Rafael, del Corregio y de Miguel Angel!

Murillo era el pintor mas popular de España, pintaba las costumbres del pais en que vivía. El éxtasis de los frailes devotos, los harapos del soberbio mendigo, el muladar de Job con su asquerosa miseria.

Un dia al salir del claustro de los franciscanos donde acababa de pintar apariciones de ángeles que parecían revestidos de celestiales luces, al revolver de una calle ve un pilluelo acurrucado en un rincón ocupado tranquilamente en matar al sol, fuerza es decirlo aunque sea repugnante la palabra, sus piojos. Cualquiera otro hubiera apartado con asco sus ojos, Murillo se detiene, admira el efecto del rayo del sol sobre aquellos harapos, halla sencilla y pintoresca la postura, saca el lapiz, traza un boceto á la ligera y al volver á su taller produce una obra maestra de observacion, de naturalidad y de claro-oscuro que excita hoy en el museo del Louvre la admiracion del mundo bajo el título de un mendigo!

Otro dia encuentra en la calle á los licenciados Alonso Herrera y Juan Lopez y Tavalan. Se para á contemplar sus hermosas cabezas, los hace entrar en su estudio, y aquellas cabezas excitan aun hoy el asombro en los famosos cuadros de San Leandro y San Isidoro, vestidos con los ornamentos pontificales, en la sacristía de la catedral de Sevilla!

Este magnífico templo, el segundo de la cristiandad despues de San Pedro de Roma, es un gran museo que posee y enseña con orgullo los numerosos lienzos de Murillo, aun despues de haber pasado sobre él la rapacidad de la invasion francesa de 1812.

Detrás del altar mayor se admira la *Natividad de la Virgen*, precioso cuadro de hermoso colorido. Entre otros magníficos cuadros se ve en las capillas laterales un *descanso en Egipto*, pintado con brochas, es decir, con franqueza y calculado descuido, semejante por la viveza del efecto á un Velazquez.

Sube de punto la admiracion al colocarse uno delante del cuadro de San Antonio de Pádua, obra maestra, sin imitador posible y sin modelo. Allí en una sombría celda aparece el niño Jesus á San Antonio en medio de una deslumbradora gloria. Allí hay una mesa de tosco pino en cuyo ángulo nos contaron que un pájaro que habia entrado en la catedral, habia venido á posarse creyendo que era una mesa real y verdadera. ¡Y ese cuadro magnífico que hoy no daría el cabildo por un millon, valió solo al artista diez mil reales!...

Murillo fué encargado tambien en 1667 y en 1668 de

pintar la sala capitular de la catedral y retocar los magníficos arabescos compuestos por Pablo de Céspedes.

Llegado Murillo á su último grado de elevacion, cuando su talento se hallaba en su apogeo, fué encargado en 1670 de los grandes cuadros destinados á la iglesia del hospital de la Caridad. Allí debia escribir su genio, á sus mas bellos títulos á la inmortalidad. Allí debia poner en escena los dos extremos que la religion aproxima, que reúne la caridad cristiana: el lujo y la miseria, los sucios harapos y la brillante seda, la salud robusta y el paciente dolor!

En 1674 terminó sus grandes cuadros de la Caridad, entre los que se notan la *Santa Isabel curando á los pobres*, llamado el cuadro de la *tiña*, que se halla hoy en la Academia de San Fernando de Madrid, á pesar de haber sido uno de los cuadros que se llevaron á Francia. *El hijo pródigo: El milagro de la multiplicacion de los panes y de los peces: Abraham recibiendo los tres ángeles: Moisés sacando agua de la roca en el desierto, y Jesucristo en la Piscina.*

Por aquel mismo tiempo pintó veinte y tres cuadros para el convento de los capuchinos de Sevilla, cuadros cuya mayor parte mandaron despues aquellos religiosos á América.

Despues de haber satisfecho y dado cumplimiento á los muchos encargos de cuadros que le hicieron en Sevilla, marchó Murillo á Cádiz para pintar, en el altar mayor de los Capuchinos, su famosa composicion de los *Desposorios de Santa Catalina*.

Un dia cuando se hallaba mas embebido en su pintura, se le escurrió un pié, cayó del andamio en que se hallaba subido y se hirió.

Una especie de pudor mal entendido le hizo no confesar la naturaleza de su mal (una hernia): sufría violentos dolores que le obligaron á abandonar su obra, que terminó su discípulo Meneses Osorio, y volver á Sevilla á pasar el resto de su vida en padecer y llorar.

Hacíase llevar á la iglesia de Santa Cruz, ó á la Catedral, y pasaba las horas enteras como en los tiempos de su buena salud, contemplando el famoso *Descendimiento* de Pedro de Campana.

Próximo á morir, escribe su testamento en el que ordena se le entierre al pié del cuadro de Campana.

¡Quería reposar cerca de aquel lienzo que tanto le habia encantado en vida!...

El 3 de abril de 1682 á la edad de sesenta y cuatro años murió el gran pintor, el creador de la escuela sevillana, en los brazos de don Pedro Nuñez de Villavicencio, caballero de San Juan, su íntimo amigo, con Tovar y Meneses Osorio uno de sus mas aventajados discípulos.

La vida de Murillo fué una vida tranquila y apacible, carece de esas aventuras románticas que dan á la vida de los grandes artistas todo el interés de la novela.

Sin haber viajado, sin salir de su patria, sin atravesar los mares, supo Bartolomé Estéban Murillo tratar mil asuntos diferentes, pintar todos los géneros, paisajes, marinas y retratos, historia y milagros, miserables cubiertos de podredumbre acurrucados en las calles y á los santos resplandecientes de gloria en el paraiso.

Nació en Sevilla: allí pasó la mayor parte de su vida: allí descansan sus cenizas.

Podrían aplicársele estos sentidos versos, que mas tarde

había de cantar un célebre poeta compatriota suyo, el inolvidable don Alberto Lista:

Feliz el que nunca ha visto
Mas río que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba.

El carácter de Murillo se parecía al estilo de sus obras: era dulce, afable, cariñoso; empero la sangre meridional que circulaba por sus venas le hacía tener el génio pronto é irritable.

Citaremos dos rasgos solos en que se refleja su carácter y génio.

Vivia en la mejor inteligencia con un paisajista llamado Iriarte, hombre que al decir del mismo Murillo, tenía una inspiración divina para el paisaje y las flores. Iriarte pintaba el fondo de los cuadros de Murillo poniendo en ellos árboles hermosos, sitios risueños ó agrestes según lo requería el asunto, cristalinas aguas y vaporosas lontananzas que venían perfectamente con la idea de Murillo. Los dos juntos tenían más talento que el que se necesitaba para hacer una obra maestra. Murillo en cambio pintaba á Iriarte las figuritas de sus paisajes. Un día que se habían encargado de hacer juntos un cuadro, tuvieron una disputa sobre cual de los dos había de comenzar la pintura que un aficionado había encargado contando con la cooperación de los dos amigos. Murillo quería que comenzase Iriarte, Iriarte que comenzase Murillo. Se incomodaron los dos amigos. Murillo, irritado cogió la paleta é hizo de un solo golpe paisaje y figuras dejando encantado al comprador. Acababa de revelarse en él un nuevo artista, cuya existencia él mismo no sospechaba, un admirable paisajista. Lo mismo había sucedido á Rubens.

En otra ocasión también dejó conocer la irritabilidad de su génio. Habíanle encargado los frailes franciscos de Sevilla pintar un gran cuadro sobre la Concepción, para la cúpula de la iglesia de su convento.

Los buenos de los frailes, viendo de cerca y en el suelo el cuadro destinado para grande altura y pintado con la degradación que la perspectiva aérea debía hacerle tener, se incomodaron por la ejecución grosera de su cuadro, en el que no veían más que chafarrinazos, hechos con el mango de la brocha. Rehusaron los poco inteligentes religiosos recibirlo, y el artista antes de llevarse el lienzo á su casa, pidió y obtuvo no con poco trabajo que lo hiciesen subir un instante para presentarlo en el sitio donde debía colocarse.

A medida que iba subiendo el lienzo, se iban desdibujando las figuras, suavizándose poco á poco los contornos y fundiéndose los colores. Cuando el lienzo llegó á su última altura se vió un cuadro admirable, y el rostro de la Virgen que tanto había desagradado por su fealdad les pareció de una belleza angelical. En todo reinaba una perfecta armonía que encantaba la vista.

Los pobres frailes quedaron corridos y, avergonzados de su ignorancia; pero Murillo había sido herido en su orgullo de artista. Se obstinó en volverse á llevar su casa su obra, y solo á fuerza de ruegos consintió el dejar allí su magnífico y despreciado cuadro, el que tuvieron que pagar en doble precio del ajustado los poco inteligentes reverendos frailes.

Uno de los grandes bienes que legó Murillo á la ciudad

que le vió nacer fué el establecimiento de una academia pública de dibujo, establecimiento que le causó grandes sinsabores, porque tuvo que vencer la orgullosa oposición de Juan Valdés Leal y los celos de Herrera, el jóven, para abrir esta bella institución de donde había de salir esa brillante escuela sevillana, orgullo de la España y asombro del mundo.

Hoy, después de ciento setenta y siete años, cuando la Europa entera se ha disputado las obras del célebre pintor sevillano, cuyas cenizas descansan todavía en el suelo de la sacristía de la iglesia de Santa Cruz, al pie del *Descendimiento* de Campana, una suscripción nacional ha acordado la erección de un monumento y de una estatua al célebre pintor que supo inmortalizar su nombre comprendiendo todos los géneros del arte, siendo el fundador de una de las más brillantes escuelas, la escuela sevillana, mostrándose uno de los más fecundos pintores que ha tenido el mundo, y cuyos lienzos antes de la guerra de la invasión francesa se hallaban casi todos en las iglesias y los conventos de España y después han recorrido en los furgones de los generales franceses, casi toda la Europa, siendo comprados á porfía hoy á peso de oro en todos los pueblos á donde los ha llevado la rapacidad estrangera.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

LA PESCA EN EL BARREÑO.

¿Es cierto que la sátira ha agotado ya su ironía sobre el pescador de caña, y que cansada de herir á un enemigo indefenso le abandona al fin como incorregible en las orillas fangosas de los ríos y arroyuelos? No, seguramente; á suspendido sus golpes para darlos más certeros y crueles á su víctima, que no ha cesado de seguir con maliciosa mirada. La fija y clava en él, le expía en su morada, y le dispara la última y más envenenada de sus flechas. En el momento en que el infeliz pescador, encadenado como se halla al lado de su chimenea por la gota, los reumas y los catarros, fajado en una algodonada bata, rodeado de sus más preferidos cebos, de la chistera, de las ballenas, de todo el tren completo, y cuando se creía al abrigo de la burlona curiosidad, se arma intrépidamente de la asesina caña, hace brillar una chispa en sus pesadas y entorpecidas pupilas, y se inclina sobre su butaca jadeando con estúpida esperanza delante de un innoble barreño.

El epígrama ha pasado esta vez los límites estrechos de sus dominios, como se ha escedido del objeto que se proponía. Ese anciano gotoso no es ya un ser solamente ridículo, no es ya un pescador; es un maniático, un monómano; su pasión ha degenerado en demencia, y debe escitar más la compasión que la risa. Estas reflexiones nos las ha suscitado el cuadro de Freeman, titulado la *Pesca en el barreño*, cuyo dibujo presentamos hoy á nuestros lectores.

Se llama cazador al que indiferente en la salida de la aurora al diamantino rocío que hace brillar los campos, al penetrante olor de los bosques que atraviesa para descubrir y seguir la pista, al ardor de burlar las astucias de los

animales, reduce toda su ambición á ver caer, bajo el fuego mortal de su escopeta, un animal vivo, sea el que sea, ora la pajarita de nieves que camina por el surco de los campos, ora el gilguero plantado sobre un peral, ó la ganga ó el pato que se bañan en la márgen de un río. Los que no aprecian en la caza, como en la pesca, sino el instante final, la satisfacción material, y no buscan esos placeres que forman el mérito y el encanto de esas risueñas y espléndidas decoraciones de la naturaleza, de esas luchas del talento del hombre contra el instinto de los animales, á esos, ora lleven una escopeta ó una caña al hombro, abandonémosles sin compasión á las punzadas y picaduras de la graca. En la emoción que los hace sentir el plomo que hiere

ó el corcho que tiembla y se hunde en el agua, no hay mas imaginación ni inteligencia, que la curiosidad del niño que hace girar la flecha ó rueda del barquillero.

En realidad hay algunos pescadores honrados que sacan de sí mismos otro género de placeres, que merecen encomio. Tanto vale el hombre, tanto valen sus diversiones. La tablilla del barquillero puede ser un noble motivo de distracción para hombres los mas serios, si son Laplace ó un Newton el que la dá vueltas y la observa.

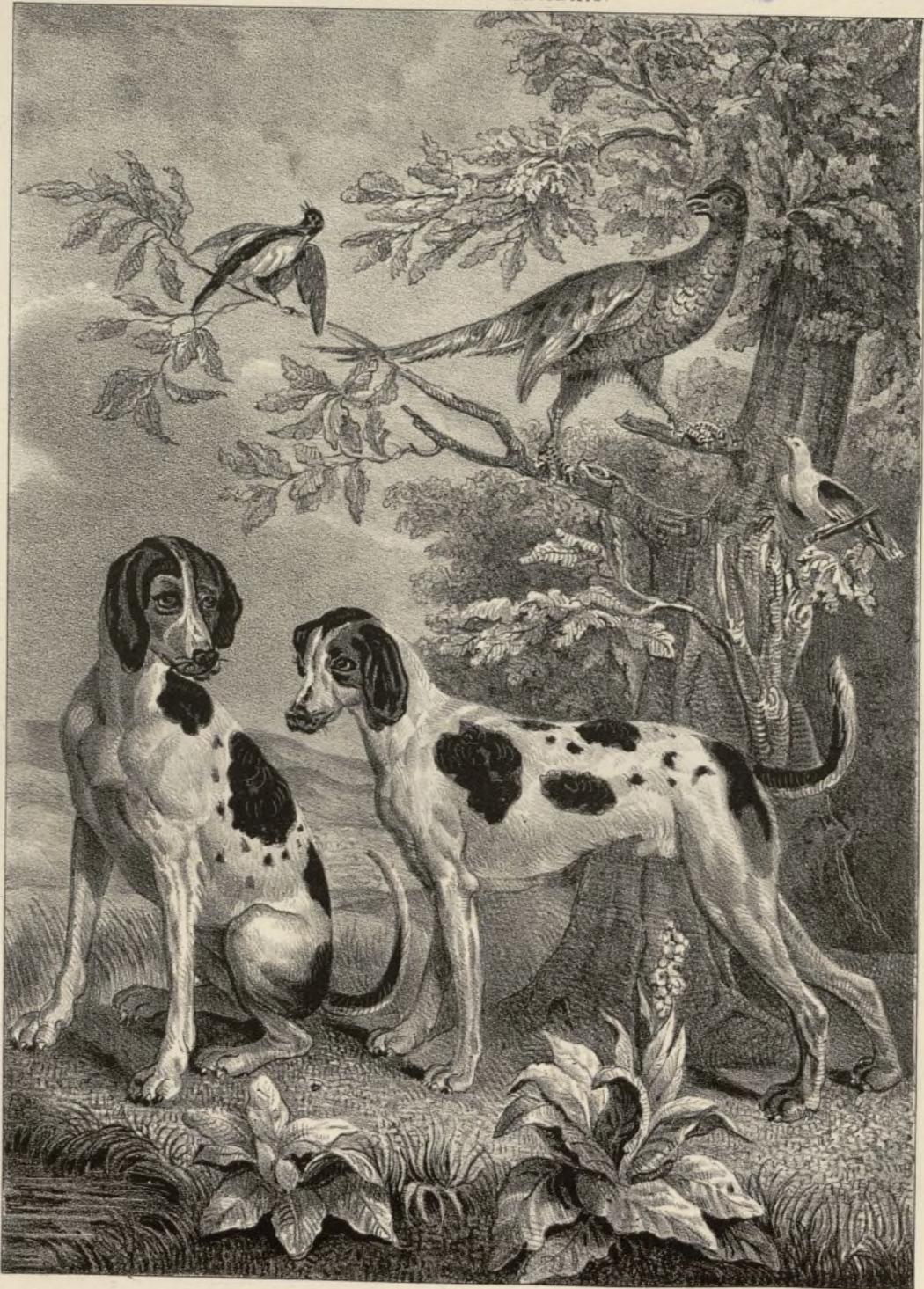
El pescador de caña, no es necesariamente el hombre estúpido, bajo y feo que sirve de asunto hace largo tiempo á la gracia de los autores dramáticos y al lapiz de los caricaturistas. Es diferente su aspecto. Ya sirvió de objeto á los



La pesca en el barreño.—Copia del cuadro de Freeman.

antiguos pintores de Herculano y Pompeya y hasta á los paisajés de los mas grandes y célebres maestros modernos, en las pastorales espiritualmente manejadas del último siglo, y en las marinas de José Vernet. Hombres muy grandes se han dedicado á la pesca de caña y hasta han escrito obras celebrándola. El genio no toca nada en que no deje su sello. David, una de las lumbreras de la química, no se desdeñaba para descansar de sus admirables descubrimientos, pescar con caña, y en 1820, época en que salía de una larga y penosa enfermedad, y que se le había prohibido consagrarse á los trabajos del laboratorio, queriendo dar á su espíritu activo y brillante su alimento, compuso en Lai-

bach, en Iliria, un trabajo titulado *Salmonia*, que aun cuando particularmente dedicado á esplicar la pesca del salmon, trata de muchas cosas diferentes, y tal vez puede ser con mucha justicia y razon considerado en conjunto como la copia verdadera y modesta del pescador de caña. Esta obra es un pequeño drama que dura nueve dias, y en ella se desenvuelve toda la teoría de la pesca de caña y se vindica á este ejercicio de las continuas burlas y sátiras de que ha sido siempre objeto. La recomendamos á los aficionados que quieran proveerse de armas para la defensa contra sus ridiculizadores.



Lit. de J. J. Martinez

PERROS DE CAZA

(Copia del cuadro de Desportes)